

jo sus pies cansados de correr. Muchos de sus compañeros de fuga se detenían ante ellos como ante abismos infranqueables, resignándose á caer prisioneros; pero el viajero recién nacido del Moquete, tenía en su ánimo y en su cuerpo recursos supremos desconocidos á la casta comun. Echó su miedo al fondo de los barrancos, y viendo que faltaba á su cuerpo el movimiento que dan los músculos, á causa del obstáculo opuesto, hizo de su cuerpo un bulto capaz de moverse por el puro movimiento que dan la gravedad y la inercia, y dejándose caer, rodó por intermitencias de barranco en barranco. El recurso era rudo; pero le salvó de morir fusilado sin llegar á presidente. Tasajeado, herido por las piedras y la maleza desde la frente á las plantas, y con su traje roto por las breñas en que había dejado sus pedazos, llegó á Oaxaca casi desnudo y desangrando por cada herida como un San Sebastian.

XIII.

Entre éstas y otras campañas, vencidos y vencedores alternativamente los reaccionarios, vendidos sus descabros, con el concurso de Cobos y de Gonzalez, en víctimas ilustres como la del eminente Alatríste, fusilado Cobos en justa expiación de sus horrores, pasado Gonzalez á militar en las filas del no ménos tristemente célebre Leonardo Márquez, bajo cuyas órdenes asistió á la jornada sangrienta de Barranca Seca, complicado con las grandes figuras patibularias de la reaccion, unido su pequeño nombre de Teniente coronel á los ruidosos nombres de Generales execrados, salpicada su frente con sangre bendecida por la historia, manchadas sus manos con los despojos de las más salvajes pillerías de guerrilla, así se encontraba determinada la posición de aquel hombre, al despuntar para México el astro menguante de la Intervención europea.

En tales circunstancias, aquel hombre, como

abrumado por el remordimiento de su historia, en vez de entregarse á un jurado militar para someterse á proceso, degradacion y muerte, se presentó á los jefes liberales para prestar sus servicios en la obra de defensa nacional. En los dias supremos, la patria acepta aun los brazos de hombres cubiertos por el cieno de la moral y de la política. Y sin embargo, no habia jefe que quisiese recibir en sus filas á Gonzalez y á otros cinco ó seis compañeros de su misma faccion. Presentáronse primero al General Zaragoza, quien les admitió por de pronto y se excusó luego, dirigiéndoles á las filas de Aureliano Rivera que se negó á recibirles, hasta que por fin obtuvo Gonzalez el ingreso en las tropas del General Porfirio Diaz, quien le aceptó y utilizó. ¿Por qué fatalidad misteriosa se ordenan los acontecimientos para favorecer la fortuna de un hombre, de tal suerte, que aún sus mismos reveses le sirven para elevarse? Si Gonzalez hubiese sido aceptado por Zaragoza ó Rivera, todo indica que los vínculos de compañerismo que con ellos hubiese contraído, no le habrían servido de hilos conductores al más suntuoso salon del Palacio Nacional, tan

maravillosamente como le sirvieron los que contrajo desde entónces con Porfirio Diaz. A su lado asistió y tomó parte en las escaramuzas de Oaxaca en contra del general Bazaine; con él sostuvo e breve sitio de la capital de dicho Estado; con él se rindió y cayó prisionero, yendo ambos á las mismas prisiones militares de Puebla, de donde salieron el primero por evasion y el segundo por libertad concedida por el Imperio con motivo de acto de gracia otorgado á Gonzalez y á otros prisioneros, en el día del cumpleaños de la Emperatriz Carlota.

Más tarde, fué en esa misma ciudad, en Puebla, donde Gonzalez concurrió al sitio, terminado por el asalto del 2 de Abril de 1867 y dirigido por Diaz contra las fuerzas imperialistas que la ocupaban. Poco antes del asalto, subió el antiguo *mocho*, nombre vulgar que se aplicaba á los conservadores, á la azotea de una casa situada en las líneas de las fuerzas sitiadoras, aunque bien cercana á las de los sitiados. Tiroteaban estos sobre ella á la sazón que Gonzalez se propusiera ascender y fué de ello advertido. Pero las balas anunciadas

se embotaban en su ánimo familiarizado con el plomo y el fuego, y al echar su brazo derecho sobre un bardal para saltar á la azotea que protegía, recibió en él una bala que le condenó á la amputación casi total de ese miembro. Era la primera herida desgraciada que recibía. Las anteriores habían acribillado su epidermis sin llegarle al hueso. Solo le quedó desde entonces un pequeño muñón agitándose nerviosamente bajo el humerus. Un brazo cortado es en el hombre un rabo inútil sustituido á un instrumento útil. . . . Percances de la guerra; pero parecía, además, haber en ello una manifestación de la eterna Justicia que al ver á aquel hombre admitido bajo las banderas del honor nacional, quiso marcar para siempre su pasado por medio de un signo visible al pueblo, dejándole tan *mocho* en el sentido físico como lo había sido en el político.

XIV.

El 15 de Noviembre de 1876.

.....

Han pasado diez años. . . . En la mesa central del Anahuac, en el espacio que se extiende por donde hoy pasa el ferrocarril de Veracruz, entre las estaciones de Apizaco y de Huamantla, está una llanura cerrada hácia el Sur por el volcan apagado de la Malinché y hácia el Norte por una línea de cimas parduzcas, primeros escalones de la sierra de Puebla extendida á lo lejos en montañas azuladas que son á su vez los escalones de la cordillera americana.

En la tarde del 15 de Noviembre de 1876, dos cuerpos de ejército, el uno próximamente de 3,000 hombres, y el otro de 5,000 habían estado escaramuceándose cerca del pueblecillo de Huamantla. Avanzada la tarde se vió al cuerpo de 5,000 emprender la retirada en dirección á las lomas de la

sierra de Puebla, y poco despues el de 3,000 hombres atravesó tambien la llanura, desprendiéndose del mismo punto y marchando en una línea no muy desviada de la que seguia el contrario.... Cerró la noche, y aquellos dos cuerpos marchando silenciosamente, y sintiéndose más que viéndose el uno al otro, acamparon guardándo entre sí poca distancia, en las primeras lomas de la sierra de Puebla. ¿Qué iban á hacer allí aquellas dos multitudes armadas?—Una secreta inteligencia se habia establecido entre ambas. Sin comunicárselo expresamente se habian dicho la una á la otra á través de las sombras que las envolvian descendiendo de las montañas: "estémonos aquí y mañana nos batiremos."

Cuentan las historias que en el período de nuestra infancia militar, cuando el cura Hidalgo se batió con pedradas contra balazos y cuando sus guerreros de honda se echaban á tapar con sus sombreros las bocas de los cañones españoles, cuentan que entonces toda la estrategia mexicana se reducia á un punto único: ocupar una montaña. "Ganar una altura," era para ellos *ganar*. No se necesitaba más: una vez cumplido el requisito de la

superioridad geométrica sobre los enemigos del llano, no se tenia más que apedrearlos desde lo alto ó bajar sobre ellos, corriendo en desordenados pelotones, para hacerles añicos. Murió el cura Hidalgo y sus indios, pero su monomanía de estrategia fué transmitida al nuevo y más culto soldado mexicano como una herencia vinculada en la sangre. Los nuevos soldados siguieron con el horror al llano y el amor á la montaña. Por eso les dos cuerpos de ejército que en el llano desnudo de Huamantla no habian hecho más que tirotarse; al sentir la intermediacion de las montañas de la sierra poblana, tenian que resolverse á batirse. Encendiéronse las fogatas en uno y otro campo, aderezaron unos y otros su rústica cena de tortillas duras y cecina..... Poco despues, no se oia al pié de aquellas lomas donde alentaban unos ocho mil hombres más que el chillar de los grillos interrumpido por el periódico "alerta" de los centinelas. Y nadie estaba alerta. Casi todos dormian, como Oliveros y el Gigante Fierabras, cuando cansados de pelear se echaban á roncar un rato sobre sus armas.... Pero se batiarian, no habia duda, porque los unos eran enemigos mortales de los otros, y cada cual se habia

posicionado de su montañita.....Se estaba en la víspera de una gran batalla.

XV.

¿Quiénes eran los beligerantes?

Los 3,000 hombres eran mandados por el General Ignacio Alatorre, en representación militar del presidente de la República Sebastian Lerdo de Tejada; los 5,000 eran mandados por el General Porfirio Diaz en representación de sí mismo..... Eso era lo que todos sabían; lo que no sabían todos era esto: que en la batalla que se preparaba iba á resolverse, más que una crisis política, una crisis social. Esta crisis venía determinándose, á veces en estado latente, á veces por visibles convulsiones desde 10 años atrás. A la elevación de D. Benito Juárez á la presidencia, tras de la caída de Maximiliano, existía una gran masa de población militar. No habría temor de afirmar que era ella la mitad de toda la población de México, adulta y masculina. Y constando en aquel tiempo esta

población de varones adultos de unos dos millones, resultaba el país conteniendo, entre sus ocho millones de habitantes, una turba soldadesca de un millón de hombres. ¿Quién la había hecho?—Medio siglo de revolución. Los mexicanos que durante él echaron bozo ó peinaron barbas nacieron para el militarismo casi por destino manifiesto. Aquellos á quienes la ociosidad y el espíritu de vagancia no hacían soldados, los hacía la exaltación política, y los que ésta no hacía, los hacía la *leva*. Y era aquel un militarismo activo, no como el de los actuales pueblos de Europa que á imitación de la Prusia trabajan por establecer un servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos, pero pacífico, simplemente instructivo y de pura prevención para la guerra; sino un militarismo que absorbía al hombre todo de quien se apoderaba, hacía de la guerra su oficio, del sueldo militar ó de su parte de botín sus elementos de subsistencia, que empleaba todas las fuerzas y llenaba todas las horas de su vida. Se era soldado exclusivamente, y el que lo era no servía para nada más. El ser racional, progresivo, susceptible de subsistir por el trabajo regu-

lar de sus manos ó de su inteligencia desaparecía en la unidad militante; quitarle el *prest* era echarle de seguro ó á la muerte por el hambre ó á la subsistencia por medio del delito ó del crimen... Un pueblo así, con ese exceso de masa militar, si es fuerte como la antigua Roma ó como la Francia de Napoleon, tiene un supremo recurso salvador dando salida y actividad por medio de ventajosas guerras exteriores á su elemento militar sobrea-bundante que puede vivir á costa del país domi-nado; pero un pueblo débil é incapaz de provecho-sas guerras invasoras como lo es México, reducido á las mismas circunstancias, sucumbe congestio-nado por sus gastos de guerra.

XVI.

Juarez comprendió esto, y en consecuencia diez-mó el ejército de noventa mil hombres que á la caída del imperio se le presentaron reclamando su grado en el escalafon y su lote en el presupuesto de guerra. Y desde entónces una gran masa de mi-

litarismo licenciado ó no reconocido, guerrillero^s con altas graduaciones pescadas en la revuelta, *chinacos* de naturaleza anfibia entre el soldado y el bandido, jóvenes acostumbrados á la vida de holganza ó de aventuras del ejército, padres de familia que no concebían la manutención honrada de su cónyuge y prole sin el *peso diario* del paga-dor de su cuerpo, todos ellos quedaron flotando en la superficie social, como las burbujas de impura crema que sobrenadan en ciertos líquidos, y esos hombres-burbujas que, separados y dispersos no hacían más que partículas de desórden, ligados entre sí por cualquiera fuerza cohesitiva tenían que formar una nata de revolucion.

Esa fuerza de cohesion vino á ejercerla un hom-bre, soldado de ambicion y de cierta gloria ganada en las luchas contra la intervencion francesa. Era él Porfirio Diaz. Una figura como la suya, con un papel que dijera cualquier cosa como *Proclama* ó *Plan*, ensartado en la punta de su espada, era lo que se necesitaba para que toda aquella masa flo-tante de militarismo se moviera hácia él de todos los puntos del país, condensándose á su alrededor. Aquella masa puesta en movimiento fué revolu-

cion; primero de la Noria, luego de Tuxtepec, después de Palo Blanco; tres fases distintas y un solo fondo verdadero: el engendro escualido de medio siglo de revoluciones, el hambre de nuestra inmensa población militar alzándose, disfrazada de planes políticos, para tener pan.

D. Benito Juárez, con la acción vigorosa de un ejército relativamente corto, pero fuertemente organizado, supo anular los efectos de esa revolución social, venciendo en los combates (la Bufo, la Ciudadela, la Noria), y por otra parte, dió á la expansión del militarismo porfirista una válvula de seguridad, dejándole poder de representación y de lucha parlamentaria en el Congreso. Pero esa revolución, contrarrestada por Juárez, sobrevivió á él. Siguió como pavoroso problema frente al gobierno civil de D. Sebastián Lerdo de Tejada.

Y era en aquellas lomas de la sierra poblana, era en el día siguiente á aquel 15 de Noviembre de 1876, el lugar y el tiempo en que la incógnita del problema tenía que despejarse. Ya conocemos sus términos y lo hemos dejado planteándose. Los campamentos de los beligerantes guardaban entre

si una distancia aproximada de dos cuartos de legua. En ese espacio divisorio había el cauce de un arroyo seco á la sazón, porque así está siempre en el período invernal del año, y en el mismo espacio se alzaba un pequeño cerro con una haciendita en la falda. El arroyo seco se llamaba arroyo de Tecocac; el cerrito, cerro de Tecocac; la hacienda, hacienda de Tecocac. . . . Aquellos tres Tecocac iban á ser los padrinos encargados de bautizar con su propio nombre á la crisis social que iba allí á resolverse.

XVII.

Tecocac.

Brilló la aurora del día siguiente sobre los beligerantes acampados, y entonces pudieron éstos reconocer el terreno en que se hallaban. Hay paisajes que no pueden verse ni describirse sin recitar, aunque sea por lo bajo, el verso de Rioja:

Campos de soledad, triste collado. . . .

El campo de soledad era el llano árido de Hua-

mantla; el triste collado era el cerro pedregoso de Tecocac. Magueyeras, mieses heridas por la hoz del segador, hacinamientos de paja y rastrojo, vegetaciones de la arena y del invierno, era todo lo que hablaba de vida en el muerto paisaje. Luego, en aquel arroyo seco, ondeando bajo los piés como una serpiente muerta, y aquel volcan emblanquecido, limitando á lo léjos la mirada, no hablaban más que de algo ausente ó apagado. El agua no llega á la Hacienda de Tecocac más que por la escasa y extraordinaria que le mandan las lluvias, y esa agua, recogida en aljibes ó *jagüeyes*, apénas sirve para las más precisas necesidades del largo período de sequía. Y allí donde falta el agua, ese jugo de la naturaleza, allí la flor no crece, y la tierra misma parece quejarse y exhalar su tristeza en ortigas, púas de maguey, plantas sin matiz ni frescura. . . . Decidir allí del porvenir de un pueblo, era decretar un alumbramiento en un campo santo. Los antiguos, que tenían ménos razon, pero más sentimiento que nosotros, habrían rehusado aquel lugar para jugar la suerte de una nacion, y habrían ido á batirse á cualquier otra parte; porque el terreno en sí mismo les hubiera parecido de

peores agüeros que una bandada de águilas. En la historia de las grandes batallas, aquellas que han tenido por teatro malos terrenos, ya por exceso de agua ó falta de ella, no han producido nada bueno. En los pantanos de San Quintin triunfó Felipe II, y en los arenales de las Pirámides, Napoleon. El uno y el otro para afianzar en el mundo el despotismo.

XVIII

16 de Noviembre de 1876.

Porfirio Diaz tenia la ventaja del número; pero su fuerza, recogida en pelotones, al galope de su caballo de pronunciado, adolecia de la irregularidad empleada en su formacion. No era ciertamente *chusma*, como la llamaban los periódicos lerdistas de aquella época; tenia, por el contrario, su organizacion de batallones uniformados, siquiera fuese á la ligera; distinguíanse entre ellos los serranos, semi-salvajes, pero disciplinados y aguerridos, con

sus camisas de lienzo ceñidas por el tahalí militar; lo osaxaqueños, con sus blusas y anchos sombreros de palma rodeados por listón rojo; y todos bien ejercitados en el manejo de los Remington, que era su armamento general. Pero ni aun en esas ventajosas condiciones, aquella fuerza heterogénea, fatigada por larga vida de campaña, nutrida entre las zozobras de la defensa y los ardores del ataque podía estar en relación de igualdad con las tropas lerdistas, casi de refresco, más compactas por su formación regular, y provistas de mejor caballería y artillería.

La conciencia de esta inferioridad reducía á las tropas porfiristas á una actitud de pura defensiva que conservaron en todo el desarrollo de la acción. Replegadas hácia la falda de las cimas situadas al Norte del Arroyo de Tecuac y de la cañada que se forma entre dichas cimas y el cerro del mismo nombre, estaban desplegadas en tres cuerpos. En esa posición y expuesto allí todo su efectivo, sin cuidarse de organizar cuerpo de retaguardia, parecía el ejército porfirista buscar su retaguardia natural en las montañas de la sierra de Puebla, don-

de la escabrosa topografía, para él muy conocida, en combinación con los habitantes serranos, adictos á la revolución, habían de favorecerle la retirada en caso necesario. Por eso la posición porfirista en Tecuac más indicaba el proyecto de huir que la resolución de combatir.

Serian las 8 de la mañana cuando empezó Alatorre el ataque. Había éste distribuido sus 3.000 hombres en fracciones desplegadas en forma de media luna, que apoyaba un cuerno en el cerro de Tecuac ocupado por el general Topete; seguía continuándose en tropas á las órdenes del general Yepes; alcanzaba su mayor concavidad en las de la retaguardia, é iba á apoyar el otro cuerno cerca de la hacienda de San Diego Notario, cuyas inmediaciones eran ocupadas por otra porción á las órdenes del general Villagran. Moviéronse á una Topete, Yepes y Villagran, como para envolver y atacar por frente y flancos al enemigo. Rompióse el fuego de fusilería, y los porfiristas contestaron á él retirándose y ascendiendo en la loma. La fusilería, siendo entónces de nulo ó de poco efecto, se hizo funcionar la artillería, vomitando granadas de espoleta. Pero las granadas al caer se hundían en

la arcilla arenosa; la espoleta, privada de encontrarse con un obstáculo resistente, no funcionaba, y el proyectil permanecía clavado en la arena, inofensivo como un aerolito. Replegábanse los lerdistas á sus posesiones como para tomar aliento tras tanto desengaño; volvian los porfiristas, tiroteando, á la falda y casi hasta el pié de la loma; volvian los lerdistas á avanzar en son de ataque hasta pasar el arroyo exhausto, y se repetia la retirada ascensional del porfirismo. . . . Aquello, más que de batalla, empezaba á tomar las trazas de un juego infantil de estira y afloja. Así, con ligeras variantes, continuó el combate-simulacro hasta las dos de la tarde. El sol, reverberando en aquellas arenas, el polvo asfixiante levantándose de ellas, la sed, el hambre, la fatiga; en una palabra, la pura naturaleza hostil del terreno iba á concluir aquella jornada que los hombres no podian terminar. Se retirarian los 5,000 porfiristas apénas mermados, hácia su fortaleza natural de la sierra de Puebla, y volverian los 3,000 lerdistas á aposentarse en Huamantla, y la situacion respectiva de la revolucion y del gobierno continuaria en el mismo estado. . . .

Cuando una lucha llega á tales momentos de indecision, sucede lo que en una balanza cuyos dos platillos oscilan, perfectamente equilibrados. Una arenita, cayendo en un platillo, inclina de su lado la balanza; un elemento nuevo, por pequeño que sea, que llegue de fuera al centro de la lucha, apoyando á uno de los contendientes, decide en su favor la victoria. Ese elemento de refuerzo era en aquellos momentos esperado con toda certidumbre por parte de Alatorre, con alguna vaguedad por la de Porfirio. Habia el primero dejado en Huamantla una fuerza de 3,000 hombres al mando del general Alonso, con orden de desprenderse hácia el campo de operaciones en las primeras horas del combate. Y como el general Diaz tuviese sus razones para esperar un refuerzo semejante, buen rato hacia que las dos partes, perdida la esperanza en sí mismas, se volvian al horizonte en busca del ansiado socorro, como náufragos que espieran la aparicion de una vela ó de un mástil en los límites sensibles del mar. . . . De repente, á esa misma hora (2 de la tarde) una nube de polvo cortada por puntos movibles fué percibiéndose en lo alto de las cimas que continúan como una pequeña cordillera

el cerro de Tecoaac . . . Tanto podia ser fuerza lerdista como porfirista. Lo que era, ella lo contestó muy pronto á golpes de metralla.

XIX.

Las defecciones lerdistas.

Y antes de ver cómo se resolvió la situación del país en aquel centro de lucha, veamos lo que estaba ocurriendo en rededor. La fortaleza de gobierno civil que Juarez construyó, se desmoronaba en las manos de D. Sebastian Lerdo. Habia quitado torpemente al militarismo la representacion y la lucha de la palabra en la Cámara unitaria entonces existente. Y cerrada al gas revolucionario esa válvula que Juarez le abria, iba el gas comprimido á dilatarse por todo el cuerpo del país, amenazando hacerle estallar. D. Sebastian, ciego á la evidencia de ese fenómeno, rehusaba prepararse á contraestiar su efecto con fuerzas competentes. Un espía del mismo Alatorre, su primer general de combate,

enviado por él á Oaxaca, habia revelado con la voz elocuente del testimonio ocular, lo que era de numerosa y temible la turba agrupada en torno de Porfirio Diaz; y esa revelacion no logró sacarle de su impasibilidad ni arrancar á su incorregible seguridad elementos preventivos. Añadiase á esta causa de ruina, la actitud hostil, en el seno mismo del gabinete, del general Ignacio Mejía, ministro de la Guerra. Habia él desconocido la legalidad de la reeleccion de D. Sebastian, y prestado por lo tanto, más ó ménos directamente, su apoyo moral al partido que proclamaba la elevacion á una presidencia provisional de D. José M. Iglesias, presidente de la Suprema Corte. Y siendo D. Ignacio Mejía la representacion más caracterizada del elemento militar en el gobierno de D. Sebastian, faltando ella, el ejército vacilaba, inclinándose naturalmente á simpatizar con la revolucion.

Y empezaron las defecciones. Un general Toledo dió el ejemplo, entregando á Porfirio la plaza de Matamoros con tropas y pertrechos de guerra. Y allí, en el acto de esa entrega, y en esa ciudad donde un dia le echaron el agua bautismal, volvemos

á encontrar al protagonista de esta historia. Manuel Gonzalez, investido ya con el grado de general de division, habia asistido con Diaz á la toma de posesion de esa plaza. De ella se retiró Porfirio á librar la escaramuza de Icamole, en que esquivó el combate con fuerzas lerdistas al mando del general Escobedo, y como aquel no volviera á la ciudad fronteriza, quedó en ella Gonzalez mandando en jefe, para salir á poco tiempo con objeto de incorporarse al grueso de las fuerzas revolucionarias con todos sus elementos. Constaban éstos en una buena parte de artillería, que por más que fuese de montaña, era difícil de conducirse á través de la vía que tuvo que elegir para llevarla en salvo. Era por los ramales de la Sierra Madre que en nuestra geografía son conocidos bajo el nombre de Huasteca (la Tamaulipeca y la Veracruzana) por donde él, en compañía del general Hinojosa, marchaba con su convoy de guerra. Llegados á Hidalgo, unieronse con él Cravioto y sus fuerzas, luego las del general Negrete, y por último, la defeccion lerdista, cundiendo desde la frontera hasta el corazon del país, les dió un nuevo y grande refuerzo. Otro ge-

neral de raza mongólica llamado Tolentino, fué el autor de esa defeccion. En él tuvo el lerdismo su más grande Iscariote. Habiale comisionado Alatorre para cerrar ó detener por lo ménos la irrupcion porfirista que amenazaba por el lado occidental de Tecuac. La irrupcion llegó en las personas de Gonzalez y de sus agregados, y aquel hombre, cargado ya con la plata sacada á la tesorería de Lerdo, bajo el título de gastos de guerra, sintió tentaciones de añadir á su carga algunas talegas porfiristas, para sumirse con todo ese peso y pasarse á la opuesta orilla del rio revuelto. Y con 800 hombres de caballería é infantería, con armas y bagajes, con todo, ménos con la plata adherida á su cuerpo, se pasó á la revolucion porfirista, incorporándose á Gonzalez. La voz corrió entre ambos ejercitos, lerdista y porfirista, de que ese acto de traicion frente al enemigo, con violacion de la fé militar, habia sido pagado por Gonzalez con dinero efectivo, y aun se tasaba el pago en *ocho mil pesos*. Toledo y Tolentino, los dos primeros defectores del lerdismo, tenian en sus nombres una raíz sospecho-
 sa. *Tole* parece estar acusando procedencia del verbo

latino *Tollere*, que significa *llevar, tomar*. Con tales raíces en los nombres, pudiera ser que esos señores no hubiesen *tomado* nada, y se les achacara por conjeturas, ó que si tomaron, fuese, más que por instintos de mercader, por la fuerza de la etimología. De todas maneras, la Historia cumple con consignar creencias populares que aun están vivas, y esto hecho, sigue de frente, como siguió Manuel Gonzalez, con su fuerza engrosada por la defeccion del enemigo.

XX.

"Fin y principio" de la batalla de Tecuac.

La polvareda que se dibujó sobre las colinas que se extienden al Occidente, era levantada por las tropas de Gonzalez que se aproximaban. Porfirio Diaz, sin embargo, y sus fuerzas, á quienes el cerro de Tecuac y lomas más próximas impedían ver claramente las más remotas, no se aseguraban de que llegaba tropa amiga. Pero una señal se habia con-

venido entre Porfirio y Gonzalez, que sirviera de anuncio á la aproximacion de éste. Era la señal un cañonazo, y el cañonazo resonó despues de la aparicion de la polvareda. Las tropas de Porfirio, advertidas de bajar hácia el llano y tomar la ofensiva al oír la detonacion, verificaron desde luego y resueltamente ese movimiento agresivo que reveló á Alatorre toda la realidad de su situacion en medio del doble ataque del enemigo y de la doble defeccion de Tolentino y de Alonso. Este último permaneció impasible en Huamantla ante el arribo de Gonzalez, á quien hubiera podido oponerse. Falto de los 3,000 hombres de Alonso con quienes Alatorre contaba para oponer un dique á ese desbordamiento, le opuso nada más que una valla de arena con quinientos dragones avanzados hácia la izquierda del cerro de Tecuac, á las órdenes del coronel Verástegui.

Seguia entretanto el enemigo avanzando lentamente por las colinas, que en su escabrosidad entorpecian la marcha general por su necesidad de arreglarse á la de la artillería, cuando de repente vióse destacándose de entre la masa un escuadron

compuesto de 400 caballos. Bajó al galope hácia la llanura, y un hombre solo, bien destacado de la primera fila, venia á su frente. Era Manuel Gonzalez. Conocida es la ley de velocidad progresiva de los cuerpos que descienden. Esa progresion que las Matemáticas aplicadas á la Física explican y calculan, dá á las masas descendentes desde grandes alturas, y sobre todo, en el vacío, una enorme velocidad y una enorme fuerza de caída. Una nuecesita, lanzada sobre un hombre á poca distancia, apenas logra desflorar su epidérmis. Pues segun dicha ley física, pudiera demostrarse que esa misma pequeña nuez puede agujerear el cráneo de un hombre y seguir á través de su cabeza y cuerpo hasta perforarle completamente el tronco, con tal que la dejen caer sobre él desde cierta grande altura. Gonzalez traia en el cuerpo, al llegar á Tecuac, algo de esa espantosa velocidad y esa fuerza adquiridas de las masas descendentes. Bajaba desde las empinadas Huastecas por donde habia rodado penosamente al par de sus cañones, siguió despues avanzando con más velocidad por los Estados de Hidalgo y Puebla, detenido sólo por los traidores que salian á vendersele al

paso, y así, tras de tanta marcha, desesperado de tantas lentitudes forzadas, llegaba de la Sierra á la Mesa Central lleno de la velocidad adquirida, y al bajar al llano de Huamantla, donde se debatian las fuerzas lerdistas, más parecia precipitarse que correr. Suelta la brida sobre el cuello de su caballo, tendido á escape, y con un revolver empuñado en su única mano, así llegó Manuel Gonzalez á Tecuac. Aquella bajada sí fué grave. Pudo decirse que entónces *empezaba* la batalla, cuando *acabó*. Por eso se ha puesto por epígrafe á este párrafo, *Fin y principio de la batalla de Tecuac*. Pero el principio y el fin, confundiéndose y destruyéndose mutuamente, no duraron más que un instante. Los 500 de Verástegui, arrollados por la viva avalanche, volvieron grupas sin resistir, y siguió en las filas lerdistas el zafarrancho de la rendicion ó de la huida. Los serranos de Porfirio, envueltos en sus tilmas, y los oaxaqueños vestidos de dril, precipitándose al llano, confundieron el blanco de sus traes con el de la polvareda levantada del campo revuelto. Las caballerías porfiristas y las del refuerzo gonzalista, entrechocándose como dos torrentes encontrados, aumentaron la confusion, y los botes

de metralla despedidos desde la loma sobre los fugitivos, zumbando sobre tantas cabezas, igualaron el aturdimiento de los vencedores al de los vencidos.

Se hizo la cena de negros de la victoria; nadie conocía á nadie; y entre el tumulto apenas hubo quien percibiese á un hombre herido que caía de su caballo, también herido. Era Manuel Gonzalez, que al llegar, el primero, á Tecocac, había sido el blanco necesario de los últimos tiros lerdistas. Una bala le había tocado levemente la pierna, otra se le había quedado en el muñon del brazo, y una tercera derribó á su caballo. . . . No faltó quien le die-
ra otro: un alazan de grande alzada, en el cual se dirigió hácia la vecina haciendita de Tecocac. Sólo, sin un ayudante, como extraviado en medio de la batahola, subía al paso de su alazan la falda de Tecocac. El polvo le había cubierto hasta desfigurarle; su muñon, roto el nudo artificial que remataba sus arterias, sangraba abundantemente, manchando su traje, y su barba, viciosa como la de un ermitaño, estaba escupida y salpicada de espumarajos. Traía la ebriedad de su triunfo, más que la del alcohol con granos de pólvora que usan muchos de nues-

tros valientes ántes del combate. El toro herido y triunfante de su agresor, espumea y se enfurece de su mismo triunfo; y aquel hombre tenía en su naturaleza algo de la del toro. . . . Al llegar á las *eras* de la hacienda de Tecocac, un jefe porfirista le reconoció y le salió al paso, saludándole. Manuel Gonzalez, ciego y enloquecido, ni vió al jefe ni aceptó su saludo; prorrumpió en un ruido gutural, algo como el bramido que resuena en la plaza taurina cuando los espectadores aplauden al cuadrúpedo; y de su boca salió una amenaza: "¡Ya verán como los he de c. . . . á todos!" *

Con tal terno y otros parecidos que fué soltando hasta apearse del caballo en el corredor de la hacienda de Tecocac, aquel hombre que era ya el Blücher del pequeño Watterloo porfirista, se hizo también el Cambronne.

* Frase textual. En ella se omite la palabra puntuada, por demasiado ruda.

XXI.

¿Qué fué, en suma, la batalla de Tecocac?

Esa batalla no tuvo parte oficial. Sólo una carta sin firma de algun supuesto testigo circuló por los diarios, hablando de «ataques espantosos» y «luchas encarnizadas.» Y agregaba la siguiente noticia de pérdidas: «Pérdidas por parte de Alatorre: Muertos, 1,900.—Heridos, 800, etc.—Pérdidas por parte de Diaz: Muertos, 857.—Heridos, 475.—Contusos 172, etc.»

Se diría que el autor de esa noticia había contado uno á uno los cadáveres, habia metido su mano en las llagas de los heridos, y visto las ampollas de los golpeados. Y sin embargo, nada más falso. El historiador se ha informado con jefes porfiristas que levantaron el campo, y ellos, cuyo interés estaria en confirmar esas cifras encaminadas á dar grandes proporciones á un he chode armas en que

intervinieron, ellos han depuesto que el total de muertos por ámbas partes fué *noventa y cinco*.

Ante esa suma de víctimas, la caridad se consuela, pero la historia se rie. La accion de Tecocac sale del rango de gran batalla que le atribuyeron muchos contemporáneos; no entra ni siquiera en el de batalla, y queda consignada á la categoría de aquellas guerritas francesas del tiempo del cardenal Mazarino, que merecieron el nombre de guerras de los *petits-maitres*, é hicieron exclamar á Voltaire que entre los ingleses todo era grande, desde sus revoluciones, y entre los franceses todo pequeño, hasta el crimen de la guerra.

Andaba en Tecocac de una y de otra parte alguna gente lega en armas ó retirada tiempo hacia de su servicio. Periodistas de pluma y tijera, poetas tañedores de liras hipotéticas, y militares improvisados en una plumada, iban agregados al estado mayor de ciertos generales. Se habia hecho además de aquel campo de batalla una especie de romería política y punto de cita de intrigas palaciegas. El orador Alcalde, llegado al campo porfirista como parlamentario del pretendiente á la Suprema Magistratura José M. Iglesias, y empinado sobre una

roca de las lomas del fondo, contemplaba las peripecias de la acción al par de otros curiosos. Se asistía á la anunciada gran batalla como á un espectáculo de redondel, y el ilustre literato Riva Palacio, posesionado de otra roca, tomaba apunte de todo, con el propósito aparente de trasladarlo á su pesiódico satírico *El Ahuizote*. Ese círculo de elementos extraños á la guerra *politicó* la lucha, si se permite el neologismo. La atmósfera de los combates es de tal suerte, que un vientecillo que sople hácia ella de otras regiones, le quita mucho de su influencia sobre el ánimo del combatiente, que se hace frío y calculador. El cálculo es el veneno mortal de la audacia, y en Tecuac se calculaba mucho, y por eso nadie se atrevía. Se vio allí al valor no desmentido flaquear como las piernas de un bisoño en su primer combate. Alatorre dió órdenes de ataque á sus generales de más denuedo, y los generales no las cumplieron. Hasta los mismos serranos de Porfirio, gente de valor tan natural como el de los leopardos de sus montañas, sintieron miedo en esa jornada bélico-política, y hubo un momento, en medio de las escaramuzas de la mañana, en que emprendieron formalmente la fuga en columna

cerrada, á un impulso unánime de miedo; y la hubieran consumado, á no haberles hecho volver al terreno algunos jefes advertidos de su desercion, que los detuvieron á sablazos. Deserciones en el porfirismo, deficiencias en el lerdismo, vacilacion en ambos, fuga pavorosa del vencido, en quien se declaró un desesperado "sálvese quien pueda" á pié de gamo ó uña de caballo, tales fueron los efectos sensibles de la política aplicada á la guerra. Marte no puede, sin decaer, asociarse con Mercurio, el dios del comercio y de las intriguillas. Aquiles mismo dormitaba en su tienda cuando andaba en enredos con Agamenon.

Sólo un jóven jefe jalisciense, el coronel graduado Bonifacio Topete, á quien hemos visto en el curso de la acción mandando un cuerpo lerdista, permaneció con él en el campo de la derrota. Situado al frente de su batallon, cerca de un *almejar* ó vasto hacinamiento de barbecho, contemplaba tristemente el tumulto, que no le envolvía, como si se hubiese propuesto estarse allí para haerle honores de funeral á su propia derrota. No tardó en pasar cerca de él un jefe porfirista hácia quien

avanzó presentándole su espada, que el contrario rehusó aceptar con un ademán de cortesía. Y al mismo tiempo, Topete, con un movimiento de noble jactancia, natural en su situación y comprensible en un joven militar amante del cuerpo que mandaba, —"Me rindo con mi batallón, dijo al jefe porfirista, y crea vd. que rendido mi batallón, se acabó el lerdismo."

Y el joven jefe auguró bien, sin ser profeta. El Gobierno de D. Sebastian cayó para no levantarse más apenas se supo en México el resultado de la refriega del 16 de Noviembre, como si ese gobierno, en vez de tener su principal asiento en el Palacio Nacional, lo hubiese tenido en la cumbre del cerrito de Tecuac. . . . Una nueva figura, como entidad brotada de la corrupcion y de la muerte, iba á levantarse del cadáver político de D. Sebastian Lerdo. Salía del mismo cerro de Tecuac, de la hacienda que está en su falda, donde Manuel Gonzales, herido, se debatía en el lecho del dolor. Cuéntase que Porfirio Díaz, apenas se hubo repuesto de la emocion de su victoria, se acercó á aquel lecho y estrechó con efusion la única mano del herido.

—"Le debo á vd. la victoria," le dijo, y "será vd. mi ministro de la Guerra." Era aquello como el "en verdad te digo que entrarás en mi reino," de Jesucristo al buen ladron. Y en efecto entró, para escalar el sétimo cielo del reino porfirista, ya no como ladron bueno, sino como ángel rebelde. Ya es tiempo de verle y seguirle en su nuevo estado.